

enfermedad el día 4 de febrero del año 211. Había pasado á las Islas Británicas para sujetar á sus rebeldes habitantes, y tardó poco el enemigo en pedir la paz. Avanzó el emperador á caballo entre los dos ejércitos, despues de haber prescrito las condiciones, y estando todo dispuesto para firmar el tratado, Antonino, su hijo mayor, que le acompañaba, detuvo un poco su caballo, y sin decir palabra sacó la espada para herir al emperador por las espaldas. Pero empezaron todos á gritar, y el parricida no teniendo tiempo ni valor para acabar su crimen, envainó precipitadamente la espada, mostrando en su triste silencio y en su confusion las señales evidentes de su crimen. Severo fingió hasta la noche mucha tranquilidad, y habiéndose acostado, teniendo á la cabecera una espada, mandó llamar á su hijo con el prefecto del Pretorio, y presentándosele le dijo al jóven príncipe: *hijo mio, si estás cansado de verme vivir, dame la muerte ahora que puedes hacerlo en secreto y sin peligro; ó encarga la ejecucion al prefecto, porque siendo tú su emperador, te libertará de hacerlo por tu propia mano.* Disculpóse Antonino lo mejor que pudo, pero sin disipar las sospechas de su padre que se abandonó á toda la amargura de sus tristes reflexiones. Amaneció

enfermo al otro día, y murió poco despues en York, á la edad de sesenta y cinco años, de los cuales reinó cerca de diez y ocho.

Antonino, conocido con el nombre de Caracalla, por una especie de vestido que llevó á Roma desde las Galias para que lo usase el pueblo, y su hermano Geta, fueron asociados ambos al imperio en vida de su padre, y le sucedieron luego despues de su muerte. No podian sufrirse el uno al otro, y en su viage de vuelta para Italia, intentaron muchas veces quitarse la vida. Luego que pisaron á Roma, venció el mas perverso y artificioso. Caracalla propuso á la emperatriz Julia, su madre comun, que llamase á los dos para reconciliarse en su presencia. Vino Geta de buena fé; y al momento se sintió traspasado de mil heridas en los brazos de Julia que se vió bañada en la sangre de su hijo, y aun herida; y temiendo Caracalla que su hermano pudiese todavía huir le dió los últimos golpes é hizo que espirase en sus manos. Tal era el monstruo á cuyo poder quedaban sujetos el imperio y las ovejas pacíficas de Cristo que llenaban ya todas las provincias; pero nunca mostró el Señor de un modo mas prodigioso que tiene en su mano el corazon de los mismos tiranos, y que cuando quiere cierra las fauces de los monstruos mas carnívoros.

LIBRO CUARTO.

Desde el fin de la quinta persecucion hasta el cisma de los Novacianos en el año 251.

INTERESABA á la gloria de la verdadera Religion y le era necesario tener que sufrir persecuciones y sostener sangrientas guerras; pero al mismo tiempo le era tambien necesario gozar ciertos intervalos de paz y de tranquilidad para cultivar las plantas y recoger los frutos de esta tierra regada con la sangre que la hacia tan fecunda. Concedió el Señor á su Iglesia estas alternativas, y de un modo tanto mas maravilloso, cuanto que no pocas veces recobraba su tranquilidad por medio de unos príncipes que parecian nacidos solo para hacer infelices á sus demas súbditos. Asi es que el emperador Caracalla, aunque tan perverso, jamás persiguió á los cristianos; antes bien los trató con mucha suavidad, por manera que estos hicieron prosélitos distinguidos en el imperio y llevaron la fé á las naciones remotas. Gozaba entonces de mucha fama un jurisconsulto romano, llamado Minucio Felix, y profesaba amistad á un tal Octavio, cristiano como él, y aun antes que él, porque uno y otro habian sido paganos y compañeros y mútuos confidentes en los pasatiempos y estravíos de la juventud. Octavio regresó á Roma despues de algun tiempo de ausencia, y sorprendió agradablemente á Felix que no le aguardaba. Era entonces la temporada en que los empleados de los tribunales acostumbraban á salir al campo para solazarse de sus fatigas ordinarias, y Minucio Felix llevó en su compañía á Ostia á su

amigo Octavio, junto con otro llamado Cecilio, que seguia aún en el paganismo. Estándose paseando los tres por la playa, vió Cecilio un ídolo de Serapis y llegó inmediatamente su mano á la boca en señal de respeto y de adoracion. «¿Es posible, esclamó entonces Octavio, dirigiendo la palabra á Felix, que un hombre instruido y tan amigo vuestro como lo es Cecilio, viva en tal cegüedad?» Eludieron la conversacion, y siguieron su paseo hablando de cosas indiferentes, y riéndose al mirar á unos niños que divertian el tiempo arrojando piedras á la superficie del agua.

Pero desde aquel instante se puso Cecilio á reflexionar, y mostró una estremada seriedad. Preguntóle Felix la causa, y le obligó á confesar que en verdad le habian incomodado las palabras de Octavio. Acordaron entonces agitar en debida forma la controversia sobre la Religion; se sentaron y colocaron á Felix en medio, como árbitro, para que juzgase las razones de ambas partes. Habló primero Cecilio, impugnó la Religion con las acostumbradas preocupaciones, y señaló á los cristianos con la insultante denominacion de secta nueva y grosera, obra de la ignorancia é invencion despreciable de las gentes mas bajas. Dejóle hablar Octavio sin interrumpirle, como hombre que confiaba enteramente en la justicia de su causa, y que al mismo tiempo no queria presentar el menor obstáculo á la persuasion. Tomó despues la palabra, y con tanta

dulzura como energía fué refutando las calumnias é imputaciones y esplicó las máximas evangélicas, apoyando todos sus asertos con las mas sólidas pruebas, con ejemplos y autoridades, y volviendo contra los paganos las propias armas de sus mismos filósofos. Minucio, que habia de sentenciar entre los dos, aplaudia interiormente el discurso de Octavio y reflexionaba cuál seria el medio mejor de que produjese toda la utilidad posible en Cecilio; pero la impresion de la gracia se anticipó á todos sus esfuerzos. «Basta, exclamó súbitamente Cecilio, ya no necesitamos de árbitro: ambos somos vencedores: Octavio triunfa de mí, y yo del espíritu de la mentira; yo soy cristiano; sí, ya soy sinceramente cristiano.» La perseverancia coronó un tan generoso proceder, y Cecilio fué en adelante un constante y celoso cristiano que hizo á la fé los mas importantes servicios y á él debió la Iglesia la conversion de San Cipriano.

Por aquel mismo tiempo tuvo Cayo, sacerdote de la Iglesia romana, una conferencia pública con Proclo, célebre montanista, cuya fama habia contribuido mucho á seducir á Tertuliano. Cayo propuso varias pruebas invencibles contra los montanistas; y si no llegó á convertirlos por ciertas disputas que muchas veces indisponen en lugar de convencer, logró arrancar la máscara con que se cubrian, y puso de manifesto el crimen de su tenacidad; de modo que, despues de esta humillacion, se decidió el Papa Ceferino á escomulgarlos, y en todas partes se les trató como á hereges declarados. Murió poco despues este Pontífice, en el año 218 de Jesucristo: ocupó la Santa Sede diez y siete años, y tuvo por sucesor á Calisto, que la gobernó cinco.

Durante este pontificado floreció Julio Africano, cristiano de los mas doctos de su siglo, oriundo de Libia, segun Suidas, y natural de Nicópolis en Palestina, esto es,

de la antigua Emaús, de la que los romanos, despues de la ruina de Jerusalem, hicieron una ciudad, aunque antes era una simple aldea, y le dieron un nuevo nombre en memoria de las victorias que consiguieron sobre los judios. Escribió una obra cronológica en cinco libros, para probar contra los paganos la antigüedad de la verdadera Religion, y este es el primer autor de cronología que se cuenta entre los cristianos: mas esta obra célebre no ha llegado hasta nosotros, á lo menos con el nombre de su autor. Escaligero publicó una cronología de Eusebio mas estensa que la comun, y la dió á luz como primera parte de la obra de Julio sobre los tiempos, de la cual es la segunda la que nosotros llamamos la *Crónica*; y añade que todo cuanto hay de bueno, tanto en la *Crónica* como en la cronología de Eusebio, es de este autor antiguo. Envió ademas Julio una carta al cristiano Aristides para conciliar las aparentes variaciones de las dos genealogías de Jesucristo, segun San Mateo y segun San Lucas, y dispó de todo punto en ella, segun opinion de Eusebio, todas las dificultades que pudieran ofrecerse. No dejaba con todo de encontrar otra; en algunas partes de los libros santos, segun da á entender el caso siguiente. Habiendo en una conferencia citado Orígenes, á quien Julio respetaba en extremo, la historia de Susana, con la que acaba el libro de Daniel, Julio Africano disimuló prudentemente durante toda la sesion; pero escribió despues á Orígenes, manifestándole su opinion con todas sus pruebas, de las cuales era la principal que este rasgo de edificacion no se hallaba en los ejemplares judios. Respondió á esto Orígenes que tales omisiones no se observaban solamente en el hecho de Susana, sino tambien en otros muchos, bien sea en el libro de Daniel, ó bien en lo restante del antiguo Testamento; pero que se leian en los ejempla-

res griegos de todas las iglesias de Jesucristo, y que los judios los habian suprimido para sepultar en el olvido los hechos que les causaban mas rubor; tales como la infamia de los viejos jueces de Israel y calumniadores de una casta muger á quien no habian podido seducir, y la muerte de muchos profetas que indignamente habian proscrito. Dice despues que la diferencia de nuestros ejemplares con los de los judios nace de que nosotros los tomamos de originales mas completos y anteriores á varias copias adulteradas despues. Merecieron grandes elogios á los doctores antiguos los escritos de Julio Africano, y en particular San Jerónimo dice que están llenos de la erudicion del siglo, de las riquezas de la filosofia y de la ciencia divina de las Escrituras.

El emperador Caracalla finó sus dias y su imperio con una muerte violenta en 8 de abril del año 217 cuando los fieles habian tomado ya algun aliento libres de las persecuciones. Macrino, uno de los prefectos del Pretorio, columbró que el emperador, hombre cruel y extravagante, meditaba algun plan contra su persona, y acordó anticiparse á sus designios haciendo que le asesinase un centurion en un bosque donde se apeó para satisfacer una necesidad natural. El autor de este atentado consiguió que le proclamasen emperador despues de dos dias de sedicion y hablillas; mas no tardó en abandonarse á los deleites, á la embriaguez y á la ociosidad que es consiguiente. En vez de ir á Roma permaneció en Antioquia encenagado en las delicias asiáticas, que le ocasionaron el desprecio de las tropas, y se hizo ademas odioso por una severidad intempestiva que no sabia moderar. Una muger intrigante y de un talento mas que regular, llamada Mesa, hermana de la última emperatriz, juzgó llegado el momento oportuno de vengar la muerte de su so-

brino Caracalla, y mas aún de tomar venganza y encumbrarse ella misma. Macrino, que la temia, la habia desterrado á Émeso, lugar de su nacimiento, á donde ella habia llevado á uno de sus nietos, príncipe de solos catorce años, pero de una estatura superior á su edad y de una figura que nadie podia mirar sin quedar prendado é interesarse en su favor. Desde luego los habitantes de Émeso le hicieron pontífice de su templo, que habian dedicado al sol bajo el nombre de Elagábalo, esto es, dios de las montañas; y de aqui vino el llamarse Heliogábalo este jóven príncipe, que hasta entonces se habia llamado Basano. Diéronle, no sin designio, un vestido de púrpura bordado de oro, con una corona sembrada de pedrería. Todo lo disimulaba su calidad de Pontífice; y él ejerció sus funciones con tanta gracia, principalmente danzando al son de los instrumentos en los sacrificios, que corrian en tropas las gentes de los pueblos vecinos á admirar su destreza, acudiendo tambien los soldados en gran número desde el campamento que estaba cerca de la ciudad.

Su abuela esparció hábilmente la voz de que era hijo de Caracalla, y nada dejó por qué hacer para inspirar al ejército, ya disgustado de Macrino, el deseo de verle reemplazado por un señor tan amable como el jóven pontífice. Poniéndose por último de acuerdo con los principales oficiales salió de la ciudad al anochecer, y se dirigió al campamento acompañado de toda su familia. La astuta princesa habia puesto á Heliogábalo un vestido que Caracalla acostumbraba vestir y que todos conocian. Todas las tropas recibieron con aclamaciones á Heliogábalo y al punto le proclamaron emperador. Hizo Mesa inmensas dádivas con los tesoros que habia reunido en los reinados anteriores; y las guarniciones de todas las ciudades circunvecinas se presen-

taron para participar de alguna de ellas. Así el ejército de Émeso se halló con una fuerza extraordinaria, y en estado de combatir con el mejor éxito en favor de su nuevo señor, si la necesidad lo exigía. Mas los otros ejércitos en vez de oponerse abandonaron el partido de Macrino, á quien prendieron y asesinaron despues de haber reinado catorce meses.

No se tardó mucho tiempo en conocer que el nuevo emperador hubiera sido mas á propósito para sacerdote de una religion voluptuosa que para soberano de Roma. En poco tiempo se hizo todavia mas despreciable que su antecesor, ya por infamias mas vergonzosas, ya por estravagancias mas repetidas. Por su orden trasladaron á la capital del Imperio el dios del templo de Émeso, que no era otra cosa que una gran piedra negra que él suponía caída del cielo, é intentó subordinar todos los demas cultos á esta informe y ridícula divinidad. Mandó con este objeto traer la gran diosa de Cartago, llamada Celesté, y la colocó en un lugar subalterno en el templo que dedicó sobre el monte Palatino al negro guijarro de Siria. Pretendia del mismo modo colocar allí á Cibebes, reputada por madre de los dioses, al fuego de Vesta y al Paladion, y agregar á esto por medio de una monstruosa alianza el culto de los cristianos con el de los judíos; y con efecto, él se abstenía ya de la carne de puercó, despues de haber sufrido la circuncision. Sin embargo, á través de estas pequeñeces de espíritu y del atractivo de su persona, dejóse ver muy pronto la crueldad que la era natural.

Llegó á temerle hasta la misma Mesa, y para tener un auxilio en caso necesario, formó el proyecto de hacer que adoptase á Alexiano hijo de su hija Mamea, y primo hermano del vicioso Heliogábalo. Aprovechó un momento favorable y salió con su empresa. Trocó el nombre de Alexia-

no en el de Alejandro, y le creó César del imperio; mas no tardó en arrepentirse; Alejandro estaba dotado de rectas inclinaciones que le atraian las voluntades de todos, y que encendieron luego á luego los celos de un rival falto de mérito. Hizo Heliogábalo mil tentativas para deshacerse de él, y todas le salieron mal; por último, mandó abiertamente á algunos soldados que quitasen la vida á Alejandro al año siguiente en que le había creado César; pero los soldados volvieron las armas contra el mismo Heliogábalo, matáronle y arrojaron su cuerpo en el Tiber, habiendo sido su reinado de tres años y nueve meses. En el mismo día el César amado de todos recibió en calidad de emperador los homenajes del senado, de las tropas y del pueblo. Entonces tenia solos catorce años de edad, y vivió trece sobre el trono, sin que decayese jamás de la buena opinion que se había adquirido desde su primera juventud.

Principiaban ya las costumbres de los cristianos á modificar las de los gentiles que trataban con ellos. Protegíalos abiertamente Mamea, madre del emperador, que había inspirado iguales sentimientos á su hijo, con tanta mayor facilidad, cuanto que al formar su escelente indole se había valido del método y de las máximas del cristianismo. Estaba el Príncipe especialmente imbuido en aquella regla evangélica, que prohíbe hagamos á otro lo que no quisiéramos se hiciese con nosotros. Ordenó que se grabase en todos los lugares de las asambleas, y en su mismo palacio, y cuando se veía obligado á castigar, mandaba antes que un pregonero anunciase al público el dolor de que estaba penetrado al ejecutarlo. Tenia un particular cuidado en la eleccion de los gobernadores de las provincias y en la de todas las demas personas á quienes debía confiar los principales empleos; proponiéndose imitar á la Iglesia en la eleccion que esta

hacia de sus Pastores. Era finalmente un príncipe bien nacido y naturalmente inclinado á manifestar por medio de religiosos homenajes que reconocia el poder de la divinidad; mas no tuvo la dicha de poseer el verdadero conocimiento de la Religion y distinguirla de las vanas observancias de la astrología y de los agüeros. Tenia un templo doméstico en el que se veían colocadas las estatuas de los buenos emperadores y de los personages mas celebrados por sus virtudes; pero interpolaba á Abraham y á Jesucristo con Orfeo y Apolonio de Tiana; y todos los dias, poco despues de levantarse, les tributaba á todos sin distincion honores divinos.

Mas ilustrada fué la Religion de la princesa Mamea: afirman que se había hecho cristiana despues de haber tenido noticia, por boca de Orígenes, de las maravillosas obras del Salvador y de las máximas de su Evangelio (1). Es cierto por lo menos que desde Antioquia, en donde residia la corte, envió algunos guardias á Alejandría para que le trajesen á Orígenes, y que nunca dispensó tanto favor á la verdadera Religion el gobierno romano como en tiempo de esta princesa.

Gozaba á la sazón Orígenes del mas alto grado de reputacion, no había ciencia ni virtud en que no se distinguiese; y parecia que la Providencia había querido reunir en un solo doctor los auxilios multiplicados que ordinariamente concede á la Iglesia por medio de muchos ministros diferentes. Apenas podían contarse los preladados formados por este hombre eminente y colocados sobre las Sillas principales, ó en los empleos mas importantes. Muchos de sus discípulos habían sido martirizados en la persecucion de Severo, y otros varios lo fueron en lo su-

cesivo. Orígenes jamás se creía mas obligado á egercer las funciones de un maestro cristiano, ni nunca las desempeñaba con mayor anhelo, que cuando yacían presos sus discípulos en las cárceles. Visitábalos entonces, los acompañaba al interrogatorio y hasta el mismo sitio del suplicio, los animaba con señales y demostraciones, y cuando era necesario con los mas enérgicos discursos. No pocas veces estuvo á punto de ser apedreado y muerto á golpes, y no se libró de tan grandes peligros sino como por milagro. Algunos soldados fueron destinados para que le quitasen la vida en su propia casa, y estuvo largo tiempo reducido á no tener domicilio fijo. La ciudad de Alejandría vino á ser pequeña para ofrecerle lugares donde esconderse; se vió en la necesidad de andar errante por las provincias: y en todas partes convirtió su fuga en mision, sin suspender jamás su ministerio sino por obediencia, y esto por el tiempo necesario. Prendieronle diferentes veces y algunas le aplicaron á los tormentos.

Un día los paganos le condujeron á la fuerza al templo de Sérapis, y lo pusieron á la puerta, dándole una porcion de ramos para que los distribuyese entre los que venían á adorar al ídolo. Repartiólos Orígenes en efecto, pero decía á todos con una voz muy clara é inteligible: *recibid estas palmas, no como las de vuestro ídolo, sino como las de Jesucristo*. Cargáronle de cadenas en Cesarea de Palestina, y le sepultaron en los calabozos por defender la fé: tuvo que arrostrar los rigores del hambre, de la sed y de la desnudez, sin que la violencia ni la duracion de todos estos tormentos aminorasen ni un átomo su valerosa constancia. Háblale endurecido y como familiarizado con los trabajos el uso continuo de una vida austera y penitente; ayunaba casi siempre, y los dias que no lo hacia solo gastaba para su alimento como unos doce cuartos, ó po-

(1) Euseb, lib. 6, histor. cap. 21.